

Zarzuela [] X Temporada de teatro lírico español de Asturias

Lo de siempre, pero mejor

COSME MARINA

«Los gavilanes»

Jacinto Guerrero. Intérpretes: A. Häslér, Juan T. Martínez, A. Irañeta, J. de León, A. Valle, P. Paso, A. Laucirika, A. M. Fernández, V. Cuesta, P. M. Martínez. Dirección de escena: G. Malla. Dirección musical: M. P. Vañó. Capilla Polifónica de Oviedo. Orquesta Sinfónica «Ciudad de Oviedo». Teatro Campoamor. 17 de marzo.

No es nada fácil sacar adelante con criterio y talento una obra como «Los gavilanes», de Jacinto Guerrero. Es una zarzuela tan conocida, reiterada y popular que cualquier acercamiento acaba por resultar un poco acartonado si no se realiza con imaginación. En esta ocasión, como segundo título del Festival de Zarzuela, hemos podido ver el montaje que el pasado año realizó Gerardo Malla para el Teatro de la Zarzuela, y que, de principio a fin, se mueve en parámetros tradicionales. Nada sorprende ni queda fuera de un discurso dramático conservador, de tono realista y ciertas resonancias pictóricas. Tiene a su favor que está resuelto con medios y, entonces, gana y mucho en los resultados. La escenografía de Joaquín Roy es eficiente, del mismo modo que los figurines de Pedro Moreno tienen fuerza y contribuyen al discurso dramático con el mismo empuje que una iluminación muy a tener en cuenta —obra de Josep Solbes— que potenció los actos segundo y tercero con rotundidad, además de un continuo empleo del ciclorama como elemento activo de la acción y no un mero fondo sin entidad. La dirección de escena gana según la obra avanza y tiene su mayor interés en el opresivo tercer acto, muy lorquiano de inspiración, con las paredes encañaladas, los ventanaucos y los altos techos. Y la impresión de conjunto es correcta en el trabajo de un Gerardo Malla que no estuvo en



Un momento del primer acto de «Los gavilanes».

el estreno, debido a otros compromisos profesionales en Madrid. Sigue faltando en «Los gavilanes» una visión cercana al mundo indiano español que la separe un poco del artificio pro-

te. María Pilar Vañó realizó un planteamiento personal de la obra, muy lento, que la hizo ganar en ciertos aspectos, sobre todo en la matización orquestal, a la que la OSCO, por cierto, respondió muy bien, pero a la vez se perdió en frescura porque se rastrea una grandilocuencia convertida en artificiosa y que, también, lleva a que se aprecien más las «costuras» de una partitura melódicamente arrolladora —por algo se mantiene en el repertorio de forma irreductible— aunque de interés musical, cuanto menos, discutible. Vañó está en los inicios de su carrera, tiene talento y aún ha de desarrollar una personalidad musical que puede funcionar muy bien en la lírica, puesto que

se implica en la obra y remonta los problemas, como hizo con algún desajuste foso-escena en el primer acto que corrigió con astucia y conocimiento.

El reparto se movió por los cauces de la corrección, con dos cantantes muy interesantes. Ana Häslér cantó una Adriana importante. Desde el punto vocal fue impecable por afinación, dicción, frasco y carácter. Es Häslér una mezzosoprano que aporta mucho y bueno a este rol. Le falta, eso sí, mayor desenvolvimiento en la actuación. Un problema que también acusa Juan T. Martínez, barítono recio, entregado, a veces un tanto al límite, que ofreció un Juan de Iuste y entrega. Correcta fue la Rosaura de Arantza Irañeta y muy, muy justo, el Gustavo de Jorge de León. Sus problemas en diversos momentos evidencian la necesidad de perfeccionar una técnica deficiente. Entre los cómicos todos, como es «norma de la casa» en el Teatro de la Zarzuela, actuaron de forma impecable. No los voy a citar todos, son más de quince, pero quiero destacar la reconcomida Leontina de Amparo Valle —actriz excepcional— y los divertidos Triquet de Pedro Miguel Martínez —que ya obtuvo un éxito enorme en «El niño judío»— y Clariván de Vicente Cuesta. Son las suyas interpretaciones que dignifican el género dramáticamente. Y dejo para el final el magnífico trabajo de la Capilla Polifónica «Ciudad de Oviedo», en una obra como esta de compromiso. Es una zarzuela que conocen bien y en la que, además, se aprecia un cambio a mejor. Al final, éxito para todos y un «No a la guerra» del elenco en los saludos al público. Convendría, cuando se alternan los repartos, que el Campoamor informase al público de quienes son los intérpretes que cantan en cada función. No cuesta nada informar sobre cantantes cuyo nombre no se conoce por ser la primera vez que actúan aquí.

El discurso escénico gana según la obra avanza y tiene su mayor interés en el tercer acto; la impresión de conjunto es correcta

venzal. De hecho una mirada al indiano asturiano —paradigma de este fenómeno— daría aire fresco a unas tramas que con esa ambientación tan correcta como lejana no acaban de encontrar una conexión certera.

Ese distanciamiento escénico también se apreció musicalmen-